

y sirvientas, habitan en él más de dos mil mujeres. Además de los monasterios existe un colegio de niñas pobres, otro de enfermas, otro de desamparadas ó divorciadas y otro de recogidas. Cuéntanse además diez hospitales para atender á las humanas dolencias.

Esta ciudad es el emporio del comercio de España y del Perú, pasando de catorce millones lo que anualmente salta para España, devolviéndose en buques cargados de ropa y mercancías.

Tal fué la ciudad donde nació la heroína de nuestra historia, gobernando la Santa Iglesia el Papa Sisto V, y siendo Rey de las Españas y Emperador de las Indias el monarca D. Felipe II.

CAPÍTULO II.

Respeto de Rosa para con sus padres: su obediencia á sus órdenes; y su solicitud en servirlos.

Hay un precepto que prescribe á los hijos el honrar á los autores de sus dias; y hay otro que les obliga á obedecer á Dios antes que á los hombres. Estos dos deberes no presentan ninguna dificultad, cuando los padres no abusan de su poder; mas si llegan á poner su voluntad en oposicion con la voluntad divina entónces el paso se hace muy resbaladizo para los pobres hijos. Rosa no tardó en encontrarse colocada en esta posi-

cion crítica, y tuvo necesidad de todo su ingenio y de toda su habilidad para no faltar ni á Dios ni á sus padres. Su Esposo celestial la atraía á sí por los caminos ocultos de la perfeccion evangélica, mientras que su madre que la destinaba al matrimonio, exigía que viese el mundo y usase de los adornos del siglo para presentarse con esplendor en las concurrencias: mas ella supo tan bien arreglar su conducta, que consiguió contentar á su madre sin desviarse del camino que su Esposo le trazaba.

Un dia que tenía que salir con su madre, esta le instó que adornara su cabeza con una corona de flores que le había preparado; Rosa, que sentía sumo horror por esta clase de vanidades, pidió gracia á su madre, mas con un tono tan dulce y tan modesto que iba á triunfar infaliblemente, cuando muchas señoras que allí se encontraban comprometieron el éxito de su causa por su intervencion. Seducidas prabablemente por el perfume de las flores, hicieron tales instancias para obligarla á ponerse la corona, que su madre á fin de complacerlas le ordenó formalmente que se la pusiera. Rosa obedece; mas cuando parecía que estaba vencida quedó realmente victoriosa; pues al ceñirse esta corona tuvo el arte de introducir en ella una aguja cuya punta acerada debía entrar

en la piel; luego la puso sobre su cabeza y la ciñó de tal manera, que lo que parecía á los ojos de los demás un adorno, fué para ella un verdadero tormento. De este modo hizo la voluntad de su madre, pero al mismo tiempo corría tras del olor de los perfumes de su Esposo coronado de espinas por nuestro amor. Nunca habría conocido nadie esta piadosa estratagemá, si no hubiera tenido necesidad de servirse de una mano extraña para sacar la aguja tan fuertemente clavada que no habia podido conseguir arrancarla. Creyó que la persona cuya ayuda reclamaba no adivinaría por qué se encontraba allí esa aguja; no obstante, lo adivinó tanto más fácilmente, cuanto que la cabeza de la santa jóven conservaba todavía la señal sangrienta. Así este adorno sólo habia servido para ocultar una tortura, y sin embargo, yo no me atrevería á decidir qué le fué más sensible, si la picadura ó la contrariedad que esperimentó al verse así coronada.

Mostrábase su madre muy solícita en procurarle la hermosura de las manos; esta era una de sus grandes preocupaciones maternas. No contenta con hacérselas lavar sin cesar en agua natural, compró á mucho precio una agua aromática que además de su perfume, tenía tambien, decian, la virtud de

suavizar la piel y darle una blancura deslumbrante; mas habiendo echado de ver luego que su hija no la usaba, tomó el partido de prestarle ella misma este pretendido servicio. Díjole, pues, que todas las noches untara sus manos con este precioso perfume, y las tuviera envueltas despues toda la noche. La primera vez que quiso proceder á esta operacion, la jóven no pudo disimular su estrema repugnancia; temblaba como si se tratase de quemarle las manos; retirábalas gimiendo y llorando á lágrima viva; mas habiendo exigido su madre formalmente que se dejase, fué preciso obedecer. Luego que se las envolvieron, se acostó y su madre apagó la luz. Costóle trabajo á Rosa dormirse, tan agitada estaba; no obstante, vínole el sueño, aunque más tarde que de ordinario, pero fué muy pronto turbado por un accidente inesperado.

De repente un vivo dolor la despierta; sus manos estaban ardiendo, como consumiéndosele en los guantes que les cubrían. Su primer sentimiento fué de gozo al pensar que este tormento obligaría á su madre á renunciar á su empresa. Luego, habiendo sacado fuera las manos vió que despedían llamas cuya luz alumbraba todo el aposento; temiendo un incendio se apresuró á desatar

sus manos y arrojando lejos de sí los guantes, que extinguió el fuego, y la llama desapareció inmediatamente. Entónces un agradable refrigerio sucedió á los ardores que tan cruelmente había sufrido, y se durmió con un sueño tan dulce como apacible. El dia siguiente, entregando los lienzos á su madre, le dió parte de todo lo que había sucedido y mostróle sus manos quemadas en prueba de la verdad de lo que le decia. Por de pronto la madre tuvo dificultad en creerla; mas luego examinando sus manos y viéndolas cubiertas de quemaduras evidentes, se estremeció, y no le habló de allí en adelante de este medio tan desagradable á su humildad.

Por lo demás, este descanso no fué más que una tregua y no una paz sincera, por que su madre, siempre esclava de la vanidad, no tardó en perseguirla de nuevo. Comenzó por éxhortarla á adornarse como las jóvenes de su edad, y le ofreció á este efecto un collar de perlas y unos brazaletes. A su respetuosa negativa exigió que por lo menos tuviese cuidado de su cabeza, componiendo su hermosa cabellera que comenzaba á crecer de nuevo, colorando su semblante y sobre todo sus labios con un afeite que producía un bellissimo color rosado; dióle elegantes trajes y ejercitóle en dar á su paso,

á su actitud y á su gesto todo el donaire que sabía ser propio para realzar su naciente belleza. La jóven, desdeñando estos adornos, no se prestaba sino con repugnancia á estas vanas estratagemas; la madre indignada le hizo vivos reproches y acabó por golpearla. Es una vergüenza para mí, decíale, el tener una hija que se presenta en el mundo con un desaliño tan poco digno de su condicion, tan contrario á los usos del siglo, y que por esta conducta singular é hipócrita se cierra el camino del ventajoso matrimonio que le aseguraría su rara belleza. La jóven, fiel al Esposo que había escogido, y más dispuesta á disminuir su belleza que á aumentarla por el vano esplendor de los adornos, recibió esta reprension con los ojos bajos y sin responder una sola palabra. Insistiendo su madre todos los dias sobre este capítulo, acabó por acostumbrarse; pero al fin llegó uno de esos mandatos á los cuales esta hija sumisa no creía poder desobedecer con seguridad de su conciencia. Sabíalo la madre por experiencia; y así recurría á este medio imperioso cuando sus deseos no obtenian cumplimiento.

Teniendo que salir cierto dia para ir á alguna fiesta, presentó á su hija un traje de seda tejido con hilos de oro diciéndole: Anda á ponerte este traje, te lo mando expre-

samente. Rosa, admirada de este precepto inesperado, pidió el tiempo necesario para ir á tomar consejo de su confesor: habiéndolo obtenido se hizo conducir á la iglesia donde se encontraba el padre y le dijo: "Acabo de recibir tal mandato que no me deja ningun subterfugio; porque en fin, es preciso que yo obedezca á mi madre; este traje me es en extremo odioso, no obstante, quiero mejor ponérmelo, cuéstemelo lo que me costare, que faltar á mi deber para con aquella á quien debo la vida.,, El prudente confesor supo encontrar el medio de librarla de esta vejacion sin perjudicar á su obediencia. Fué á ver á la madre, y le dijo que sus pretensiones con respecto á su hija estaban en plena oposicion con las miras de Dios sobre esta niña, á quien evidentemente llamaba por los secretos instintos de su espíritu á una santidad eminente; que los adornos mundanos no podían aliarse con una vocacion tan sublime; de donde concluía que las repugnancias de la jóven provenían de este Espíritu divino; que esta amable niña colocada así entre dos voluntades contrarias, era muy desgraciada, y que ya era tiempo de terminar esta persecucion. La madre con este discurso quedó sobrecogida de temor, por que nunca había pensado que obrando de esta suerte combatía contra Dios. Prometió

pues dejar en adelante á su hija en paz; pero no cumplió su palabra como lo veremos mas adelante.

Rosa, para fortificar á su madre en esta buena disposicion, recurrió á un medio que tuvo un éxito más allá de sus esperanzas. Despues de haberle manifestado durante algunos dias, un amor más tierno que nunca, le suplicó le concediera adoptar un vestido que era el que más le agradaba; era este un manto de tela corriente y sin color, que usaban en Lima las personas devotas y las que querían permanecer vírgenes. Su madre por una gracia muy particular de Dios, no pensando sino en las primeras y olvidando á las segundas, consintió en lo que su hija le pedía. Esta muy contenta, no perdió un momento para procurarse este modesto atavío; y su madre se acostumbró tanto que no le habló más de los adornos de la vanidad. Desde entónces la santa jóven no encontró mas dificultades en su obediencia, de lo cual su madre tuvo lugar de felicitarse, como el lector podrá juzgar por algunos ejemplos.

Hay en el Perú un lugar llamado *Canta*, célebre por sus minas de pura plata, pero su suelo pantanoso lo hace muy insalubre. Habiendo ocurrido á los padres de Rosa transportar allá su domicilio, tuvo ella que

seguirlos; mas apenas había pasado unos dias en este triste lugar cuando su salud se sintió sensiblemente alterada; sus nervios irritados le hacían sufrir dolores agudísimos, sobre todo en los piés y en las manos; su madre creyó poder calmarlos con el remedio imprudente de que voy á hablar. Envolvióle los miembros enfermos con pieles de animales fuertemente atadas, y le prohibió quitárselas ni aun levantarlas sin su permiso: olvidóse luego de esta curacion y no volvió á acordarse hasta despues de cuatro dias. Muy avergonzada entónces de tan imperdonable olvido, corrió hacia su hija, preguntóle cómo se encontraba y lo que había obrado su remedio. "Ignoro madre mía, respondió la enferma, cuál ha podido ser la virtud del remedio; pero siento que el sufrimiento más bien ha aumentado que disminuido.," Entónces la madre desata las pieles y encuentra los miembros de la jóven inflamados y cubiertos de tubérculos. "Pero cómo, hija mia, le dijo con tanto dolor como sorpresa, estas pieles te han hecho sufrir tan cruelmente y no las has quitado!," Me habíais prohibido, madre mía, desatarlas sin vuestro permiso, y he debido someterme á vuestra voluntad.," Puede adivinarse cuán edificada quedó esta mujer de semejante obediencia.

Otra vez encontrando á su hija ocupada en bordar unas flores, le dijo para probar su docilidad: Eso no está bien hecho: se deben pasar los hilos de tal modo. El consejo era contrario á las reglas del arte y debía evidentemente perjudicar su trabajo; mas no por esto dejó de hacer sin ninguna observacion lo que le decía su madre. Vino esta á ver la obra cuando estuvo acabada, pareció muy disgustada y le dijo: No son flores lo que has hecho aquí, hija mía, son monstruos; es claro que dormías al ejecutar este trabajo; ó si estabas despierta, nada prueba mejor tu ineptia y tu ignorancia. A pesar de mi falta de gusto, respondió con su dulzura acostumbrada, yo conocía, como vos, madre mía que estas flores estaban ridículas, pero no me atreví á apartarme del método que me habíais indicado, porque sé que no me es permitido hacer mi voluntad propia; por lo demás, estoy pronta á desbaratar esta obra si me lo mandais. A fin de mantenerse en una completa dependencia, resolvió no tomar nada por sí misma de lo que necesitaba para su trabajo diario; iba pues, todas las mañanas á pedir á su madre le diera los útiles y los instrumentos que necesitaba. Esta, fastidiada de una importunidad que le parecía ridícula, la recibió un dia con ira y le dijo con voz fuerte: ¿Pretendes pues cons-

tituirme tu criada? Sírvete de hoy en adelante dejarme tranquila y proveer tú misma á tus necesidades. Perdonadme, madre mía, respondió Rosa, yo quisiera juntar el mérito de mi trabajo al de mi dependencia, y pagáros todos los días el tributo de mi respeto filial; yo trataré de hoy en adelante de poner más discrecion en mi obediencia.

Doña María de Usátegui, mujer del conador real Gonzalo de la Massa, que había cobrado un grande afecto á nuestra santa, le suplicó que se fuera á vivir á su casa. Esta excúsase con la obediencia que debía á su madre, mas la señora obtuvo de ella lo que deseaba, y Rosa á pesar de sus repugnancias se vió obligada á pasar á esta casa extraña en donde permaneció todo el resto de su vida. Dios lo permitió así para que tuviese ocasion de practicar todavía mejor la santa obediencia. En efecto, este cambio léjos de sacarla de su estado de dependencia no sirvió más que para multiplicar sus lazos; porque al dejar el techo paterno, permaneció siempre igualmente sometida á la autoridad maternal, y se creyó además obligada á mostrarse dócil á todas las voluntades de los dos esposos que le daban la hospitalidad: mas esto no era aún bastante para satisfacer su humildad, sino que obedecía á las jóvenes y aun á las criadas, hasta el

grado de vacar á los trabajos más viles y más penosos de la domesticidad. Referiremos en el capítulo siguiente algunos rasgos de esta sumision tan bella y edificante.

Esta obediencia que le fué tan querida durante su vida, la practicó de una manera aun más admirable despues de su muerte. El hecho es demasiado interesante para que el lector no me perdone la corta digresion que voy á hacer. Una criada del convento de Santa Catalina en Lima, había extraviado por su descuido una copa de plata; la superiora mandó hacer en toda la casa las pesquisas más minuciosas, pero todo fué en vano. No esperando ya encontrarla y sintiéndose agitada por las sospechas contra la criada, se acercó á un cuadro de la ilustre difunta y le dijo: "Escuchadme, bienaventurada Rosa, yo os mando en virtud de la obediencia que todo el mundo me debe aquí, que hagais de manera que esta copa se encuentre; y exijo que se haga esto para cuando yo vuelva despues de concluidas las vísperas." Lo que le sugirió esta idea fué la reputacion de obediencia que la santa había dejado en el mundo, pensando que practicaría con gusto todavía una virtud que tanto había amado. No fué engañada en su esperanza, porque á su vuelta la encontró sobi

la mesa de una celda en donde la había buscado muchas veces.

Jamás ningun confesor encontró una penitente más dócil; no había necesidad que el suyo mandase para hacerse obedecer; pues una simple insinuacion de su parte era para la santa, no digo como un precepto, sino como un oráculo al cual se habría creído culpable en resistir. En un tiempo en que su cabeza estaba muy debilitada por las lágrimas que derramaba con abundancia, no dejaba por eso sus vigiliias acostumbradas, lo cual podía hacer á su salud un mal irreparable; el confesor, habiendo sido prevenido de esto, le prescribió cuatro horas de sueño todas las noches. Rosa, á pesar de toda su buena voluntad, no pudo cumplir exactamente esta órden, porque sus antiguos hábitos le impedían dormirse ó despertarse al tiempo dicho; esto fué bastante para atormentar su conciencia creyéndose culpable de desobediencia. Las personas de la casa habiendo notado este escrúpulo supieron aprovecharse de él; cada vez que querian obtener de ella alguna cosa en interés de su salud siempre le decían: así lo quiere el padre de vuestra alma; y no se necesitaba más para hacerla obedecer con la docilidad de un niño.

Mas volvamos á su conducta para con su

madre. Habíase hecho una ley de no beber jamás sin su licencia expresa que pedia cuando mucho cada tercer dia. Aquella, sin echar de ver tan largas privaciones, respondiale á veces por probar su virtud, de una manera negativa; entónces la santa jóven dejaba pasar otros tres dias antes de pedirle otra licencia. No obstante, en lugar de quejarse de sus negativas, dijole un dia que su condescendencia era demasiada.

Es verdad que hasta aquí obraba Rosa en su interés espiritual; pero luego supo bien probar el desinterés de su amor cuando se presentaron las ocasiones. Habiendo quedado sus padres en la miseria, pudieron juzgar qué tesoro tan precioso poseían en su virtuosa hija. ¡Oh! ¿quién dirá los trabajos tan penosos á que se entregaba para subvenir á sus necesidades? ¿con qué solicitud los asistía en las enfermedades y los achaques de la vejez! ¿con cuánta actividad ponía en órden todo en la casa, de qué medios tan insinuantes se servía para conservar la tranquilidad en los espíritus, endulzar sus penas y sostener su paciencia! Por lo demás todo esto se encuentra muy detalladamente afirmado por testigos irrecusables en el proceso de su canonizacion. Mas como no todos pueden verlo, voy á extraer de él lo que tiene relacion con la materia de que trato.

El contador Don Gonzalo de quien he hablado más arriba, depuso lo que sigue: "La piadosa virgen vivía en mi casa cuando sus padres se vieron reducidos á la indigencia; y á fin de sustraerla á este estado de privaciones y descargar de ella á su familia fué por lo que quise adoptarla en la mía. ¡Oh! cuánto me conmovían sus virtudes, pero sobre todo su tierna caridad para con sus padres: á pesar de la extrema debilidad de su constitucion, pasaba la mitad de las noches trabajando para socorrerlos en su miseria; resultóle de esto una especie de parálisis que afectó la mitad de su cuerpo, y una debilidad tan grande que apenas le quedaban fuerzas para respirar. Cuando mi mujer la vió en un estado tan lamentable, la suplicó que se diera algun descanso; pero esta santa jóven le respondió que no podía en conciencia dispensarse de proveer á las necesidades de los autores de sus dias.,,

Luisa Hurtado de Bustamante, despues de haber apoyado la declaracion del contador, añadió una circunstancia muy notable; y fué, que la piadosa jóven, á pesar de su debilitada salud y de sus frecuentes éxtasis, hacía en un sólo dia el trabajo que cualquiera otra apenas habría terminado en cuatro. Mas si se cree que la obra se resentía de la celebridad del trabajo, todo lo contrario, lo que

salía de sus manos estaba hecho segun las reglas del arte y á veces las excedía por su perfeccion y elegancia.

Mas Rosa no limitó á esto su solicitud para con sus padres; sino que á fin de proveer mejor á sus necesidades, se puso á cultivar flores que hacía vender luego en el mercado público, lo que le producía todos los dias alguna pequeña ganancia.

Cuando Dios probaba á sus padres con algunas enfermedades, de manera que no podían servirse á sí mismos, entonces Rosa renunciaba al trabajo para darles los cuidados que reclamaba su estado. Ella era quien iba á buscar los remedios necesarios, los preparaba con sus propias manos, y se los aplicaba á las horas fijas y de la manera prescrita; hacíaes su lecho, proveía á todo, y nada omitía de lo que creía á propósito para procurarles algun alivio; no había para ella ni descanso durante el dia, ni sueño durante la noche. Cuando no estaba ocupada en prestarles algun servicio, consolábalos con sus dulces palabras, ó bien llamaba en su favor á las puertas del cielo con sus oraciones acompañadas de gemidos y lágrimas; y esto no era en vano, como lo diremos mas tarde. Mas hé aquí un rasgo de caridad para con su madre que no puedo pasar en silencio. Cuando Rosa estaba próxima á

entregar su alma á Dios, oyendo los gemidos de su madre, previó el golpe terrible que su muerte iba causarle: entonces olvidando sus propios dolores, pidió á su Esposo, y esta fué su última súplica, que aliviara á este corazón maternal la pena que iba á darle y que su debilidad no podía soportar. Dios hizo ver cuán agradable le era esta piedad filial, haciendo más de lo que le pedía: pues apenas había exhalado el último suspiro cuando el corazón de la madre fué inundado de consuelos tan sensibles que le fué como imposible ocuparse de su pérdida y entregarse á su dolor.

CAPÍTULO III.

Nuevas persecuciones de su madre para obligarla á tomar el estado del matrimonio. Entrada de la santa en religion.

Numerosos son los caminos abiertos por la sabiduría de Dios para conducir á los hombres á la perfeccion más sublime; pero á cada uno es á quien toca conocerlo y seguir el que le pertenece. Rosa de Santa María tenía todo lo suficiente para agradar en el mundo: una hermosura poco comun, un juicio exquisito, un genio muy afable, un excelente corazón, y unas maneras obsequio-

sas y de mucha finura. Estas cualidades fueron causa de que su madre pensase muy pronto en casarla, y le hicieron creer con justa razon, que le procurarían una alianza muy ventajosa; no obstante, no era esta su vocacion, pues su atractivo la llamaba hacia mucho tiempo á la Tercera Orden de Santo Domingo, y lo habría seguido inmediatamente si su madre no se hubiera opuesto á ello. Mas entre tanto nada descuidaba para terminar su esclavitud; con este designio habiase cortado los cabellos, enflaquecía y desfiguraba el semblante con los ayunos, huía de las miradas de los hombres y ocultaba su hermosura bajo de unos toscos vestidos. Durante los cuatro años que sus padres permanecieron en Canta, no salía nunca ni aun para pasearse en un jardín delicioso que estaba contiguo á la casa paterna; una sola vez por mandato de sus padres se reunió con las jóvenes de la vecindad que concurrieron á no sé que espectáculo ofrecido por los indios; pero llegando á la sala se retiró á un rincón y allí permaneció inmóvil sin tomar ningun interés en la representacion. No obstante, todas sus precauciones no la ocultaron como ella lo pretendía, á la atencion pública; y muchos jóvenes, encantados de su virtud y de sus cualidades exteriores, pensaron en pedirla en